

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administración que en las librerías.)

Por un mes. 4 reales.
Por tres id. 11 »
Por un año. 40 »

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto 6 cuartos en toda la Península.

Pago al pedir la suscripción. La correspondencia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Director: LUIS RIVERA.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. . . 45 reales.
Por seis id. 28 »
Por un año. 50 »
EXTRANJERO.—Por tres meses. . . 30 »
ULTRAMAR.—Un año. 6 pesetas.

Se publica dos veces á la semana, —jueves y domingo.

Administración y Redacción, Huertas, 82, prel.

Toda suscripción de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

Dibujante: FRANCISCO ORTEGO.

ADVERTENCIA.

Los suscritores de provincias cuyo abono venza en fin de Febrero y deseen continuar suscritos, se servirán renovar hasta el 28, si no quieren experimentar retraso.

El medio más fácil es por letra, giro mútuo ó sellos de franqueo.

Los vendedores que pagan á fin de mes liquidarán hasta el 28.

Crónica.

¡Eterna ley de los contrastes! Desde que un diplomático discurrió que se podía bailar en serio, fué necesario que un ministro comprendiera que se debía gobernar en broma; ¿fué esto consecuencia de aquello? ¿Fué, por el contrario, aquello consecuencia de esto? Lo ignoro; pero ambos hechos se verifican del modo que he dicho, y si, como es natural, continuamos adelantando en el mismo sentido, nuestros nietos bailarán en el salon del Congreso y discutirán en las butacas del teatro.

Estas consideraciones graves, ó si se quiere filosóficas reflexiones, son la primera broma que yo me permito dar á Vds. para decirles que ya estamos en Carnaval.

Sí, ha llegado, ha llegado precedido de bailes, rodeado de bromas, preñado (vamos al decir) de esperanzas el Carnaval de 1870; pero á bien que nosotros los hombres públicos, los que en política tratamos, poco tenemos que ver con esas diversiones, baladías ó fútiles, que solo divierten á las hembras y á los muchachos.

Ven conmigo, aficionado á la política, ven conmigo, deja que procuren divertirse escolares desaplicados, esos que olvidan el breviario de Aniano ó los aforismos de Hipócrates por recorrer las calles de Madrid rascando una guitarra ó haciendo risibles piruetas; deja que llenen los alfombrados salones del teatro de la Opera entendidos jóvenes de la alta sociedad (como decimos los puristas); deja á las lindas costureras, á las jóvenes de doncellez problemática la misión de servir de precioso ornamento en la Zarzuela, y dirige conmigo tus miradas á más serios, á más importantes asuntos.

¿Los ves? Son ellos, sí, no tengo duda, son ellos, caminan, se acercan, ya llegan, ya están aquí, ¡sorcorro! Pero qué, ¿te ríes? ¿Crees por ventura que andamos en burlas ahora? ¿Qué dices? ¡Oh ignorante! ¿Llamas á eso una mascarada? ¿Te parece una comparsa representando la segunda salida de D. Quijote con alguna de sus más entretenidas aventuras? Poco se te alcanza en verdad de cosas serias: cese tu error, porque es necesario que sepas que esa que tú

creiste mascarada no es sino la escolta de nuestro muy respetado amo el señor rey D. Carlos VII por la gracia de Dios, y que si en el camino no hubiese tropezado con la grotesca personalidad de un polizonte francés, follon y malandrin como todos los de su ralea, á estas horas estaria acaso sentado sobre el trono de sus mayores, no sin haber hecho antes una salva al primer alcornoque del patrio suelo, tributo de respeto al esclarecido linaje de este soberano.

No importa que la policía imperial haya dado al traste, por ahora, con vuestras bien urdidas maquinaciones; la justicia está con nosotros, y la España pertenece de derecho al joven Carlos: llegará la hora del triunfo, y entonces, ¡viva victis! quiere decir, pobres de vosotros.

Pero quiero apartar del ánimo imaginaciones tristes y melancólicos recuerdos: entremos en el café de la Iberia: su animacion desvanecerá las nubes de nuestra alma; su ruidosa algazara consolará nuestra tristeza; acaso las noticias que lleguen á nosotros sean dulce lenitivo á nuestro dolor profundo y cruel.

Allí veo tres hombres; hablan con energía, gesticulan con violencia; ya sé de qué hablan; ¿no lo adivinas? ¡Ah torpe! Bien se ve que no estás acostumbrado á olfatear, como buen perdiguero, el rastro de la caza; ¿no ves? Los ojos brillantes, la color demudada y el cabello en desorden, indicios son que me parecen infalibles; hablan de la Constitucion de Puerto-Rico, de si debe ó no debe aplazarse la discusion. Escuchemos: ¿qué oigo? Están hablando del baile en los salones de la Alhambra; y ¿por eso tanto calor? ¡Oh, la naturaleza humana degeneral!

Mira, allí veo dos personas de grave aspecto; esos sí tienen todas las señales de ser hombres de razon y de peso y tienen un papel: calla, no me lo digas, que sé de qué hablan; de la inocente carta del duque de Montpensier, como si lo viera. Acércate; ¿qué leen en ese papel? Ostras imperiales, á cuatro reales y medio docena. ¡Otro desengaño!

En aquel rincon varios hombres escuchan con respetuoso silencio á uno que habla; ¡Dios sea loado! Ya hemos encontrado algo formal: ¿sabes de lo que hablan? Yo lo presumo, estoy casi seguro de no equivocarme; hablan de la autorizacion para procesar al cardenal Cuesta; ellos son todos eclesiásticos, en eso no cabe duda; ó tratan de eso, ó de la prision del desdichado y virtuosísimo obispo de Osma. Qué, ¿te ríes? acaso he de sufrir otra decepcion amarga: ¡oh! sí, ya lo oigo, ese hombre está hablando del beneficio de las coristas de Arderius.

¿Será posible? Encendeme la linterna de Diógenes; registrad los rincones más apartados; ¿de qué hablan aquí? de los bailes en el teatro de la Opera; ¿y allí? de los bailes de los Bufos; ¿y allá? de la bella Elena; ¿y acullá? de los bailes del Veloz-club; ¿y acullá? de los bailes de la Zarzuela; ¿y en aquel lado? de los bailes de la Alhambra; ¿y en esotro? de los bailes... calla, por Dios, y basta de bailes: huyamos, huyamos de una sociedad que tanto baila y tanto se divierte cuando acaban de entorpecer la gloriosa carrera de su rey ama-

do, que á marchas forzadas se dirigia al alcázar que honraron los Carlos cuartos, los Fernandos sétimos y sus respectivas esposas.

¿Yense carcajadas; ¿que asunto será este que de tal modo hace reir, aquí donde hablando de bailes todos parecen de serio continente y severo mirar? Escuchemos por última vez.

Crece el ruido, crece la algazara: los que rien no se dan punto de reposo; hablan todos á la vez y solo frases sueltas llegan á mi oido.

«Ya se rompió, tiempo era; ¿es cosa resuelta? Sí, estoy seguro. Los gobernadores están nombrados, todos demócratas: mañana se acepta la dimision. Todavía no ha terminado el consejo. La sesion será borrascosa. Sale Becerra, entra Moret. D. Nicolás no sale, saldrá. ¿Sabe Vd. algo? Es preciso aguardar. Enhorabuena: ¿están Vds. en la combinacion? No sabemos. ¡Jal! ¡jal! déjeme Vd. reir. Se han hecho proposiciones á los republicanos; lo sé de positivo. Qué largo es el Consejo. ¿Pero no ha terminado? Bah, ni concluirá hasta las siete de la mañana. Hace dos horas que terminó.»

Y las risas continúan, y las carcajadas no cesan, y todo es chacota y todo se toma á juego; estamos perdidos; ¿quién sabe lo que resultará de este Consejo?

Ya sabemos lo que de él ha resultado. No hay dimisiones. ¡Ah! No se nombran gobernadores. ¿Eh? Continúan inalteradas las relaciones entre los ministros. ¡H! Se discutirán las leyes orgánicas. ¡Oh! Y sigue la conciliacion. ¡Uf!!

Resúmen: el Consejo del miércoles fué el bromazo con que el gobierno iniciaba las diversiones de Carnaval.

Falta ahora saber si los embromados pretenderán responder á esta con otra broma más pesada.

A. Sanchez Perez.

JOCOSIDADES PARLAMENTARIAS.

XXXV.

La discusion de los presupuestos y lo de la inmortalidad del alma me saben á lo mismo.

Discutir presupuestos es hablar del dinero que no hay.

¿Y pensar que todavía hay patriotas que se lamentan de que no se entusiasman los diputados tratando de esas cosas!

Pero, señores, perdonen Vds. mi pesadez, así como yo les perdono su tontería.

Ya han querido Vds. que gastemos 400 millones en guerra, y 170 millones en clérigos, y 11 millones en exclaustrados y 12 millones en monjas. ¿Por ventura tienen Vds. más dinero? No. Pues si no lo tienen Vds., ¿de qué sirve disputar?

Yo, que no soy de los que cobran y fui siempre de los que pagan, prefiero oír lo que se discute con respecto a la desobediencia del cardenal arzobispo de Santiago.

De esto se puede sacar algún partido.

En efecto, el día que se persuadan Vds. de que el cardenal no es ningún zopenco y que por consiguiente puede ganarse la vida, no le señalarán ustedes cantidad alguna en el presupuesto; y como tras él irán todos los de su oficio, podremos hablar del uso que haya de hacerse de los 170 millones que ahora consumen. Esto es claro como el agua.

El debate sobre la desobediencia del cardenal puede ser muy fecundo.

En primer lugar, puede dar motivo a que todo español pida al Estado la cuenta de los trabajos que durante el año último ha encargado al cardenal, a ver si valen lo que cobra.

Y como el Estado no le ha mandado que lo bautice, ni lo confirme, ni lo confiese, ni lo case, ni le cante misa, ni lo entierre, resultará que el cardenal no le ha hecho servicio alguno. Esta averiguación dará lugar a que el público curioso desee saber qué trabajos han hecho al Estado todos los demás clérigos, y resultará lo mismo.

Y entonces, el público ilustrado tal vez diga: Pues, señor, supuesto que el gobierno no emplea ni puede emplear para nada a esos señores, me parece racional que no les dé dinero.

Además, el debate del cardenal ha servido para refrescar la memoria de que también el obispo de Osma se está resistiendo a las órdenes del gobierno. Lo cual conviene que se tenga presente.

El Sr. Coronel y Ortiz decía a propósito de la Iglesia cobrante: «Los obispos son más peligrosos que los federales.»

Ya lo creo: no dijera más Pero-Grullo.

Cualquiera habría creído que los federales tenían alguna cantidad señalada en el presupuesto.

El Sr. Manterola nos agradó defendiendo la libertad de la Iglesia.

Libertad es cobrar y no pagar; es cobrar y no obedecer; es cobrar y mandar; es cobrar é imponerse al que paga; esta fué siempre la libertad de la Iglesia, y el Sr. Manterola ha probado que no se proponía introducir innovación alguna en las venerandas tradiciones de los que en los buenos tiempos llegaron a poseer las cuatro quintas partes de lo que los demás producían por medio del vil trabajo.

Si les parece a Vds. pesado el asunto, lo dejaré; pero advierto a Vds. que en las sesiones últimas solo se ha hablado del dinero que no hay y de los obispos que no nos hacen falta.

El Sr. Ruano dijo que si había de haber justicia debía haber igualdad.

Pero, Sr. Ruano, cuando Vd. vota 170 millones para el clero y nada para los médicos, por ejemplo, ¿por ventura funda Vd. la igualdad?

Si al Sr. Ruano, por rezar y cantar, le diesen dinero los que no le mandasen que cantara ni rezara, ¿no se figuraría que le consideraban superior a los que rezan y cantan de balde?

Pues ese es el caso.

La cuestión del arzobispo estaba en suspenso cuando yo escribía estas líneas.

El corazón me dice que las cosas le saldrán a medida de su deseo:

Con los obispos, en mandando progresistas, siempre sucede lo mismo: pagarles y escandalizarles; en cambio los obispos hacen siempre igual: cobrar y desobedecerlos.

Un año de republicanos en el poder y sucedería otra cosa.

Ellos nos bendecirían los gorros fríos y los arbolitos de la libertad, y con tal que les dejásemos libre el confesonario y no les cobrásemos más que una contribución módica por su industria, aun se nos comerían a fiestas, salvo el condenarnos a las llamas si volvíamos a imperar.

Pero hasta entonces...

Roberto Robert.

CANTÁRIDAS.

III.

Tres máscaras.

Don Antonio, Carlos siete
y el grumete
don Alfonso de Borbon,
hace tiempo que están dando
con su bando
una broma a la nación.

Don Antonio, sin careta,
la chaqueta
dice que se va a poner,
que es rey de la democracia...
¡y qué gracia
tiene para pretender!

Anda el pobre dando voces:
—¿Me conoces?
«A que no sabes quién soy?»
Y la España con desprecio,
dice:—«Necio,
mira que enterada estoy.»

Sin que nadie lo dispute,
por *franchute*
te conocen más de mil;
y candidato más bobo,
ni en el globo
se encuentra con un candil.»

De esa mancha por lavarse
fué a bañarse
cerca de Calatayud;
mas de Alhama, a ser el amo,
hay un tramo
de excesiva longitud.

Carlos siete con la espada
bien templada
por los prados va a salir
a segar de aquí a unos meses
cuantas mieses
vea en ademan hostil.

Diz que armará batallones
y escuadrones
que tomen como rapé
cuatro plazas muy hermosas
y otras cosas...
¡no sé si me entiende usted!

Diz que en Francia le han cogido
en su nido
como a un pobre colorin.
Napoleon perdió ya el seso...
¡poner preso
a ese cándido arlequin!

Si su gente desespera
de Cabrera
por inglés ó liberal,
será buena la comparsa...
¡Ay qué farsa,
qué bonito Carnaval!

Ha salido de la Galia
para Italia
don Alfonso de Borbon,
y va a darnos, desde Roma,
una broma
con la santa bendición.

Lleva a Cheste, horror del Dante,
de ayudante,
por encargo de Isabel:
el chiquillo es un... bolonio,
¡qué demonio,
van a hacer muy buen papel!

Va Alfonsito disfrazado
de soldado
y de zuavo el traductor,
por hacer algo atractivo
su *introido*
en la casa del Señor.

Aunque allí consiga miles
de fusiles
con la boca de arcabuz
y le de una cruz el Papa,
no se escapa,
si aquí viene, de otra cruz.

Con extraños mascarones,
tres Borbones
buscan al gato tres piés;
y es pesada para broma
la carcoma
que tenemos con los tres.

Si bien ellos por el trono
se dan tono,
no valen medio doblon;
porque *tres reales* personas
sin coronas,
veinticinco cuartos son.

Así, pues, ni Carlos siete,
ni el grumete,
ni ese duque *liberal*,
serán más que una comparsa
de esta farsa
que se llama Carnaval.

Dr. Sangredo.

CONFORME A LA TRADICION.

¡Cuidado si me gusta a mí esta palabra!
¡Cuidado si es mona esta palabrita!
Conservar todo lo antiguo, nada más que porque
no es moderno... hé aquí la tradición, hé aquí lo que
infunde tanta respetabilidad a ciertos cuerpos porosos
en extremo.

Como regla de física, no me convence del todo;
como regla moral, me llega a la última fibra interior
del pecho.

¿Hay nada mejor que lo antiguo?
Yo me decidiría desde luego por todo lo que oliese
a difunto, si no fuera porque también lo antiguo tiene
su moda, como los sombreros.

Vea Vd. lo que es el mundo. Antes de darse Nuestro
Señor Jesucristo el famoso paseo sobre un asno
por Judea, había un pueblo (casi un mundo) más
numeroso, más ilustrado y más sobresaliente que
los demás pueblos.

Llámase pueblo romano por buen nombre.
Pues este pueblo tenía su tradición, su amor a lo
antiguo. Creía en los dioses de la Mitología, en esos
dioses que a nosotros (que valemos menos que los
romanos) nos hacen reír tanto en los bufos Arde-
rius.

Decirle a un romano que toda aquella tradición
había de caer un día en manos de cualquier actor
bufo, era ganarse un sopapo de cuello vuelto por
primera providencia.

Y, sin embargo, cayó.
Apareció Jesucristo con otra religión mejor que la
antigua, y poco a poco, y siglo tras siglo, fué cam-
biando la moda, y el casco corto y brillante del ro-
mano es hoy sombrero negro de teja. ¡Qué modas
traen consigo los dioses!

Si en aquellos tiempos hubieran vivido hombres
como Pezuela y compañeros mártires, se hubieran
agarrado también como ahora a lo antiguo, y con-
sagrando toda su escasa inteligencia al dios Júpiter
(el dios del oro, de las batallas y del rumbo), se
hubieran reído de Jesús y le hubieran llamado foli-
culario, ó demagogo, ó pobreton, ó plebe, ó pelafus-
tan ó *perdis*.

Porque el Sr. Pezuela es capaz de todo eso.
Es verdad que su amor a lo antiguo le lleva a aco-
meter grandes empresas, como la traducción del
Dante, que podrá valer mucho en el original, pero
que traducido por el partidario de todos los retroce-
sos no vale dos cuartos.

Y este mismo amor a la gloriosa tradición, a las
venerandas costumbres de nuestros abuelos, a la re-
ligión de nuestros padres, al santo temor de Dios y
a otras cuantas frases de cajón, ha hecho de Pezue-
la el caballero andante de esa Dulcinea que es ma-
dre del *Puigmoltejo*.

Doña Isabel llamó a Pezuela y le dijo:
—«Este chico que ves aquí es tu rey.
(Pezuela se descubre).

—Este chico ha heredado el derecho de tenerte a
sus órdenes.
(Pezuela se arrodilla).

—Este chico se va a preparar para subir al trono,
y a tí te encargo tan noble misión.
(Pezuela besa los piés de la mamá y del hijo).

—¿Qué necesita un príncipe para ser rey en Es-
paña según la tradición? ¿Amar el progreso? No.
¿Haber estudiado? ¿Para qué! ¿Conocer el mundo?
Ménos. ¿Vivir con su siglo? ¡Quía! ¿Viajar é instruir-
se? ¡Tontería!

Con su viaje a Roma, y con una caricia del Papa
sobra y basta para reinar en España. Tómalo, pues,
guíalo a Roma; que allí tome la primera comunión,
y luego podremos vivir descuidados, tú estropeando
el Dante, yo cansando a Marfori.»

Levantóse el guerrero, echó en derredor una mi-
rada escrutadora (estilo *cursi*), y hallando el mundo
estrecho, respondió:

—Señora, yo me encargo de todo. Vuestro hijo será
educado con arreglo a la tradición. ¡Dichoso príncipe
que se va a tragar la hostia nada ménos que en el
Vaticano!

Y corrió la noticia por España.
Y se decía el pueblo español: ¡Qué feliz soy! ¡Ya
me están confeccionando otro Fernando VII, otro
rey amante de la tradición y enemigo de su siglo!
Yo he nacido para él como el raton para el gato.
¡Que tome pronto esa comunión y que me lo traigan!
Me lo comeré confesado y comulgado.

Luis Rivera.

EL CARNAVAL DE 1870.



En el baile.

—Muy cariñosa estás, y eso que todavía no has cenado.
—Pues por lo mismo.



En la Castellana, entre aristócratas.

—¡Qué sería vas, mujer! ¿No conoces á tus amigas?
—No caigo.
—Nos vemos todas las noches... en la casa de cucas.



Rasgos de ingenio en el Prado.

Ella.—Vaya un máscara, parece el gallo de Moron.
El máscara.—Pues Vd., señora, parece una gallina clueca.



En el ambigü.

—Estamos en los postres, pichona mia. Me parece que ya puedes descubrirte.
—Con mucho gusto.
—¡Cielos, mi escribiente!

EL ÚLTIMO CONSEJO.

¿No han oído Vds. hablar del último Consejo?

¡Oh! lo que es el último...

Es de advertir que casi nunca se sabe cuál es el último Consejo de ministros, y casi podría asegurarse que el último suele ser el penúltimo; porque generalmente, cuando el público tiene noticias del más reciente, ya se está celebrando otro.

Pero, en fin, ello es que siempre hay un Consejo que para los españoles ocupa el lugar último.

El último, pues, es el que vale la pena.

Regla general: ese Consejo siempre se anuncia como de la importancia más grave: siempre es aquel

en donde se van á tratar los puntos más capitales de la política interior, la política exterior y la política intermedia.

La fórmula suele ser que el gobierno va á adoptar una gran resolución, que en el seno del Consejo se va á producir una crisis saludable, á consecuencia de la cual, ó la conciliación se rompe y la parte avanzada de la Cámara emprende un camino nuevo, libre ya de entorpecimientos y embarazos, ó la conciliación se afirma y estrecha más que nunca, consolidando las conquistas de la revolución con la armonía y la comunidad de esfuerzos de todas las notabilidades del país.

La mitad de los periódicos ministeriales azuzan en pró del rompimiento y demuestran que si el presidente del Consejo tiene energía y echa á los unio-

nistas del presupuesto, vendrán capitales extranjeros, serán fecundas todas las españolas y lloverá durante todo el mes de abril.

La otra mitad de la prensa ministerial considera como funestísimo el rompimiento, y asegura que si quedan cesantes y no influyen en las provincias sus amigos, se desbordarán las pasiones de la plebe demagógica, renunciará Montpensier á su propósito de hacernos felices, nacerán carlistas todos los chiquillos y bajarán los fondos públicos.

La gente casera cree estar abocada á graves trastornos: los ociosos de la Puerta del Sol se dan restregones de manos esperando noticias; los isabelinos se hablan al oído sonriendo, y hasta hay republicanos inocentes que se figuran que, caso de ocurrir un conflicto, será para echarles la culpa á ellos de todas

las calamidades. Los bolsistas dan órdenes á sus agentes; los que pueden piden prestado por si los sorprende la catástrofe, y las amas de cura hacen la compra para toda la semana, por lo que pueda tronar.

Ese estado de cosas dura algunas horas, y por fin aparece *La Correspondencia*, que encuentra á los habitantes de Madrid con una moneda de dos cuartos en la mano, cerrando el paso á los revendedores.

Lo primero que se encuentra en aquel periódico, es que el último Consejo no ha tenido la importancia que se le habia dado.

A las dos horas todo el mundo conviene en que efectivamente así es y así debia ser.

Cierto que en el Consejo último se han tratado siempre cuestiones muy importantes; pero se ha tratado todo de cierto modo, sin exageraciones, sin precipitación y con todo el seso imaginable para no comprometer aquellas gloriosas conquistas.

La conciliación no se afirma, pero no se rompe; los proyectos que podian dar lugar á la crisis no se retiran, no, pero no se presentan.

Lo que sí resulta siempre de un modo evidente, es que los individuos que componen el gabinete, sean quienes fueren, están más unidos, unánimes y conformes que nunca, y que van á emprender una marcha clara, leal, decidida y rápida, á fin de que no ocurra nada que disuene de lo que ha ocurrido hasta ahora.

Con que ya lo saben Vds. No se devanen los sesos para averiguar nunca lo que haya sucedido en el último Consejo.

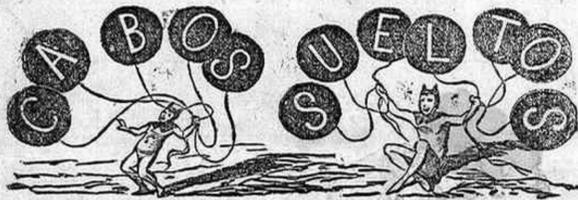
Si quieren Vds. saber desde ahora lo que sucederá en el último Consejo del mes que viene, lean ustedes cualquier periódico que trate de cualquier otro Consejo ya celebrado desde hace año y medio, y sin ponerle ni quitarle, crean Vds. todo lo que diga.

Yo tengo un diario del mes de julio del año pasado, y siempre que hay Consejo lo vuelvo á leer para enterarme de lo que sucederá en él.

Jamás me ha engañado; es un verdadero amigo.

Hagan Vds. otro tanto, y pueden apostar con veinticuatro horas de anticipación á que profetizan lo que sucederá en el último Consejo.

Roberto Robert.



Unos cuantos militares, de coronel para abajo, han sido destinados á Canarias, por isabelinos. No se quejarán del gobierno, que los trata como generales.

Ha muerto *Las Cortes*, uno de los periódicos que comieron *ostras gallegas* en aquel banquete del alcalde.

Estos periódicos sensatos se dejan morir á lo mejor, aunque los traten con mimo.

¿Quiéren Vds. convencerse de lo que son los siervos de Dios? Pues oigan al canónigo Manterola:

«Aunque el cardenal de Santiago sea delincuente no se le debe castigar, porque el pueblo pensaría mal de la religion ó de las Cortes.»

De quien pensaría mal sería del cardenal.

Montpensier ha escrito una carta á *La Iberia* diciendo que no pide el trono, pero que no quiere decir que lo renuncia.

Y añade que es tan liberal que ha jurado la Constitución de 1869.

Lo mismo han hecho los moderados que están por aquí.

Pero lo mejor de la carta es lo que no dice. Efectivamente, al hablar de la *infanta*, su esposa, la llama esposa á secas.

¡Si será demócrata el hombre!

En el baile de la Opera.

—¡Qué poca gracia, Dios mio!

¡Tenga Vd. otras maneras!

—¿A quién hablas?

—A ese máscara disfrazado de Becerra.

Hay en España una masa de vagos que grita siempre: ¡abajo el que manda!

Cuando hay libertad se oye el grito.

Cuando no hay libertad se oyen los golpes.

Este es el orden, segun todas las señales mode-radas.

En Paris ha circulado la noticia de que Montpensier habia sido proclamado rey de España.

Varios capitalistas escribieron á sus corresponsales de varios puertos de Francia:

—Tenga Vd. cuidado con los buques españoles que lleguen, porque está el cólera en España.

Así es que á Montpensier, *si cuaja*, le llamaremos la epidemia reinante.

Cuarenta reales dicen que le han robado á un señor que iba solo calle del Prado. No entiendo los derechos individuales, que cuestan por la noche cuarenta reales.

En la frontera.

El carabiniere á un viajero:

—¿A dónde va Vd.?

—A España.

—¿Tiene Vd. algo que pague?

—Sí, señor; tengo un hijo que es contribuyente. ¡Figúrese Vd. si pagará!

Figura elegante; cara bonita; voz extensa, clara y fresca: tales son las principales dotes de la señora Luchesi, cuya primera salida en el teatro de la Opera tuvo lugar el jueves.

El público la aplaudió mucho y con justicia.

Uno quiso silbar y la gente cayó sobre él.

Decíase en las butacas que el silbador era un ciudadano que habia llevado la artista á su hotel, y que estaba furioso porque la artista se habia mudado á otro.

¡Ah, Otelo de comedor!

Ha llegado á Madrid un comandante de la Guardia civil en compañía del obispo del Burgo de Osma. Bien venidos sean el uno y el otro, por más que ni al uno ni al otro le envidie yo la compañía.

Se va á derribar una parte de la presidencia del Consejo.

Será preciso, por consiguiente, apuntalar el edificio.

Ahora me explico por qué no se ha roto la conciliación.

Entre los que acompañaban al rey (!) Carlos siete, citan los periódicos al príncipe de Khe Vensnuler; supongo que este príncipe tendrá de tal lo que tiene Carlos siete de rey; pero de todas maneras, el título no puede ser más simpático.

—¿De Setiembre en la asonada hicistes algo, Joaquin?

—Hombre, no pude hacer nada, porque me hallaba con Prim.

—¿Vas esta noche al baile de la Opera?

—Sí.

—¿Te disfrazarás?

—Eso pienso.

—Entonces ya sé cuál será tu disfraz; el de señora... antigua.

¡Qué gran artista es la Ferni! Su beneficio fué un triunfo artístico y una buena cosecha.

Canta bien, y toca el violín mejor que nuestro Regente toca el violon.

¿Estarán los correos y ferro-carriles de España bien arreglados, que nuestro corresponsal de Bilbao se queja del retraso con que recibe los números para la venta, cuando nosotros los enviamos por el tren exprés y él los recibe por el tren correo, es decir, ocho ó diez horas más tarde?

¡Y qué gracia le hace eso á nuestro corresponsal!

Dice un periódico que el Puigmoltejo está muy adelantado, que conoce ya del griego todas las raíces de los verbos.

Francamente, si con raíces solo se hubiera contentado su apreciable familia, no estaria tan gordo D. Sebastian.

Los carlistas de Mondoñedo presentan como candidato para la diputación á Cortes al dean de la metropolitana de Santiago.

No sabemos si este candidato será el gallardo dean que estaba enamorado de San Juan.

—Adios, Arturito; te conozco.

—Yo no me llamo Arturito, máscara.

—Otra, ¿cómo te llamas?

—Leandro.

—Ya, ya, buenos *seis* los hombres: pues Arturito te llamaba tu novia.

—Yo no tengo novia, hija.

—Vaya, que sí la tienes, y yo la *conozco*, lo cual que a, y er fuimos juntas á Capellanes.

—¡Horror!

Preocupadillos deben de estar los diarios ministeriales.

—¿En qué lo ha conocido Vd.?

—Muy sencillo; ¿no ha vuelto el Regente de otra cacería?

—Sí, ¿y qué?

—Pues bien, nadie habla de las piezas que ha matado.

—¡Pues es verdad!

El otro día hablaron uno tras otro los oradores don Enrique Cisneros, D. Venancio Gonzalez y D. Rafael Coronel y Ortiz.

Nunca con más propiedad ha podido decirse que los oradores consumieran turno.

¡Lo consumieron todo!

Es Cisneros, por lo grave, un orador muy suave. Venancio, por lo sutil, alumbra como un candil. Y es Coronel, por lo obeso, casi sosten del Congreso.

Erratas.—En nuestro último número pasaron dos erratas notables.

En la página 1.ª, columna 3.ª, línea 47, donde dice «revelar,» léase: reclamar.

En la página 4.ª, columna 2.ª, línea 66, donde dice «traidora,» léase: tremenda.

PASATIEMPO.

Solucion á la Charada del número anterior: *Fábula.*

CHARADA.

Uno y dos es material que las reses proporcionan, y tienen *tercera* y *cuarta* hombres, borricos y cosas. El *todo* lo usa el marino; y esta charada curiosa te la dedico, Topete, pues hay moros en la costa.

(La solucion en el número próximo.)

SALA DE ARMAS DE M. BROUTIN.

Calle de Carretas, núm. 27.

Lección diaria de florete y sable.—Tiro de pistola de salón.—Las personas que lo deseen podrán recibir la lección á domicilio.

SE ACABAN DE RECIBIR LAS MAQUINAS DE NUEVA INVENCIÓN, premiadas y privilegiadas en Londres para hacer toda clase de piezas y dentaduras, sin muelles, paladar ni resortes. Unica persona que la posee por estar suscrita en todos los adelantos del arte, es doña Polonia Sanz. Extrae muelas sin dolor por el último sistema.—Arenal, 8, principal.

MADRID: 1870.

IMPRESA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.